

Solidaridad

25-IX-85

Fuerza de Flaqueza

POR LORENZO MEYER

LAS grandes tragedias colectivas son momentos en que las fibras básicas de cualquier nación se tensan hasta revelar la verdadera naturaleza de su sistema social y político, en particular su capacidad para resistir y la voluntad colectiva de sobrevivir.

En el caso de México, la crisis económica ha constituido ya una larga prueba para todos nosotros, que dista mucho de haber concluido, y de la que no estamos saliendo muy airosos. Es precisamente en este ambiente de incertidumbre y tensiones graves que nos sorprendió el brutal sismo de la semana pasada. En minutos, el centro de nuestra ciudad capital se transformó en un área de desastre sin paralelo desde los negros días de febrero de 1913. Así, de pronto, sin que nadie lo esperara, para varios millones de mexicanos, lo que ya estaba mal se tornó mucho peor.

Desastres como el que ahora vive el Distrito Federal, y en menor medida algunas de las poblaciones de los estados afectados por el terremoto del 19 de septiembre, tienen un carácter ambivalente. Por un lado, obviamente, significan la pérdida de vidas humanas y la destrucción de riqueza largamente acumulada, lo que nos desmoraliza y empobrece aún más. Pero por el otro, pueden ser fuente de verdadera solidaridad social y fuerza moral colectiva, valores que, sin compensar lo perdido, no son desdeñables.

★

EN los momentos de incredulidad, sorpresa, temor y confusión que siguieron a los derrumbes del día 20, muchos de nosotros simplemente no pudimos darnos cuenta de la magnitud del desastre. En esto, los dirigentes gubernamentales no fueron la excepción, y quizá por ello en sus mensajes y acciones iniciales no hubo lugar para el fenómeno de la solidaridad y la participación espontánea de la población en favor de las víctimas al margen de la acción oficial simplemente no la

Es cierto que la efectividad de los esfuerzos espontáneos en la zona de desastre distó mucho de ser la ideal, pero algo similar se puede decir de algunas autoridades y personal oficial, como el ejército, por ejemplo, de quien todos esperaban una participación más activa y masiva. Es igualmente verdad que al amparo de las acciones voluntarias algunos irresponsables se dedicaron a realizar actos de vandalismo, pero esto no debe hacernos ignorar el fondo del fenómeno que acabamos de presentar. El sismo liberó, por lo extraordinario de las circunstancias, parte de la energía social largamente contenida entre nosotros, energía que en cierto momento pareció rebasar e imponerse a las autoridades.

★

LO ideal, entre nosotros, sería no perder la oportunidad de encauzar de manera constructiva esta fuerza colectiva surgida de un sentido de la obligación del individuo frente a su sociedad y de la voluntad de dejar de ser objeto pasivo de la adversidad. Las consecuencias de largo plazo de desastres naturales como el que estamos viviendo, pueden actuar como la puntilla para sistemas políticos caducos e incapaces de renovación. La caída de Somoza, en Nicaragua, se aceleró de manera irreversible cuando su gobierno fue incapaz de superar su corrupción e indiferencia ante los efectos del terremoto que afectó a Managua en 1972. En cambio, en sistemas que aún conservan su vitalidad, la tragedia puede ser el hecho dramático que permita a la sociedad y a sus gobernantes sacar fuerza de la flaqueza y renueve el pacto social.

★

DESDE ya es necesario pensar en la reconstrucción y sus consecuencias de largo plazo. Para mantener en alto la moral y no minar la confianza de la colectividad en sus dirigentes, es necesario que el fondo para la reconstrucción, los donativos que se han enviado desde el exterior y